

La vida política en los barrios populares de Buenos Aires

Alejandro Grimson

M. Cecilia Ferraudi Curto

Ramiro Segura

(compiladores)

(prometeo)
libros

La vida política en los barrios
populares de Buenos Aires

Alejandro Grimson
M. Cecilia Ferraudi Curto,
Ramiro Segura
(Comp.)

La vida política en los barrios populares de Buenos Aires

{prometeo)
l i b r o s

Ferraudi Curtyo, M. Cecilia

La vida política en los barrios populares de Buenos Aires / M. Cecilia Ferraudi Curtyo ; Alejandro Grimson ; Ramiro Segura ; compilación de M. Cecilia Ferraudi Curtyo ; Alejandro Grimson ; Ramiro Segura. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-355-0

1. Antropología. I. Grimson, Alejandro. II. Segura, Ramiro. III. Título.

CDD 306.0982

Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

info@prometeolibros.com

www.prometeolibros.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

Agradecimientos	9
INTRODUCCIÓN	
“Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”	
Grimson, Alejandro	11
FRONTERAS	
“Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires”	
Segura, Ramiro	41
“Cruzando márgenes: segregación territorial y relaciones de poder en un barrio de Buenos Aires”	
Canevaro, Santiago; Lapegna, Pablo	63
SENTIDOS DE LUGAR	
“Mecha en el barrio: situaciones dilemáticas y drama social entre demandas morales”	
Diez, Patricia	85
“Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno”	
Bonaldi, Pablo; del Cueto, Carla	103
“La Quema”	
Garriga Zucal, José	129
¿LUGARES DE LA POLÍTICA?	
“Hoy a las 2, cabildo: etnografía en una organización piquetera”	
Ferraudi Curto, María Cecilia	153

“Imágenes de un mundo obrero” Varela, Paula	179
“Conflictos territoriales en un basural: los residuos como un recurso a disputar” Shammah, Cinthia	203
 SEDIMENTACIONES	
“Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires” Grimson, Alejandro	221
“Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005” Frederic, Sabina	249
“Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza” Manzano, Virginia	267
 EPÍLOGO	
“Vecinos” Borges, Antonádia	295
Sobre los autores	309

Agradecimientos

Este libro y una gran parte de los textos en él incluidos son el producto de un largo proceso de investigación, con diferentes fases y apoyos institucionales. En el año 2002 comenzamos a conversar con Alejandro Portes y Bryan Roberts acerca de un estudio comparativo sobre efectos sociales del neoliberalismo y respuestas de la sociedad civil en seis ciudades latinoamericanas. Marcela Cerrutti realizó el estudio sociodemográfico sobre Buenos Aires y yo coordiné un equipo integrado por Paula Varela, Nahuel Levaggi, Gabriela Polischer, Pablo Lapegna, con el cual colaboró Santiago Canevaro. De aquel estudio inicial se publicó “La vida organizacional en barrios populares de Buenos Aires” y posteriormente escribimos con Marcela Cerrutti un capítulo del libro *Ciudades Latinoamericanas* (Prometeo, 2005) que compilamos con Alejandro Portes y Bryan Roberts. La Fundación Antorchas, una institución clave durante mucho tiempo en el apoyo a las ciencias en el país, otorgó uno de sus últimos subsidios a la continuidad de ese proyecto. De la misma manera, la Universidad de Buenos Aires también apoyó las nuevas investigaciones a las que se sumaron, combinando sus propios proyectos, Sabina Frederic, Virginia Manzano, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura. También Carina Balladares y Matías Bruno participaron activamente de esta nueva fase.

No puedo dejar de agradecer al CONICET, del cual soy investigador, y a la Universidad Nacional de San Martín, mi lugar de trabajo actual, el apoyo institucional de todos estos años. En la UNSAM mi principal interlocutor sobre estos desafíos ha sido mi amigo Pablo Semán, quien había incursionado en barrios populares hace varios años, desarrollando estudios de una calidad etnográfica notable. Junto a Pablo organizamos en la UNSAM en 2005 las Jornadas de Territorialidad y Política, invitando a participar a otros colaboradores de este libro. De aquellas jornadas participaron colegas con los que ha sido siempre muy importante dialogar y a los que estoy muy agradecido, como Gerardo Aboy Carlés, Gabriela Delamata, Claudia Fonseca, Antonádia Borges, Laura

Masson y Gabriel Kessler. En otros eventos y congresos también tuve la oportunidad de enriquecerme de la manera en que ellos abordan cuestiones presentes en este libro, así como me he enriquecido innumerables veces conversando con Maristella Svampa y Sebastián Pereyra.

A quienes escriben en este libro, a las instituciones que nos han apoyado, a los colegas que generosamente nos han realizado críticas o sugerencias, quiero agradecerles profundamente, porque a veces la vida académica e intelectual parece un desierto hostil, más cerca de las metáforas de las “carreras” que de las prácticas de pensamiento colectivo. Cada uno de ellos ha colaborado a que estos años estén más cerca de lo que imagino como comunidad de diálogo y disenso. Por eso mismo, ninguno de ellos es responsable de los errores que pueda haber en los abordajes que se desarrollan en este volumen.

Alejandro Grimson

Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires¹

Alejandro Grimson

Este libro aborda la relación entre espacio social y política cotidiana, a partir de estudios etnográficos en el Área Metropolitana de Buenos Aires. La política, como toda actividad humana, necesariamente se espacializa y produce espacios sociales en su propio devenir. Los lugares y las escalas en los cuales acontece resultan variables entre regiones, países, culturas. El ágora, la plaza, el mercado, el coliseo, el estadio, el parlamento son espacios de la política o potencialmente políticos. Espacios temporalizados en el sentido de que son sitios donde transcurren eventos previstos e imprevistos, ordinarios y extraordinarios, formales e informales.

El barrio es otro ámbito posible de la política, un ámbito decisivo histórica y actualmente en algunas ciudades. El barrio es una modalidad de localización, de marcación de un contexto de interacciones sociales y de identificación social. La modalidad “barrio” no tiene, en absoluto, una relevancia análoga en distintas sociedades y culturas. El barrio instituye un tipo de frontera específica que no puede desarrollarse de la misma forma en áreas urbanas construidas como sumatoria de redes de suburbios con epicentros en *malls*, en ciudades hechas para el automóvil, cuyas avenidas son autopistas, que en territorios como Buenos Aires, donde la traza urbana se fue constituyendo en una tradición que valorizaba el espacio local y, a diferencia de otras ciudades, los integraba en una trama formalmente homogénea, la grilla (Gorelik, 1998).

¹ Agradezco a Ramiro Segura y Cecilia Ferraudi Curto sus agudos comentarios y sugerencias sobre una versión anterior de este texto.

En Buenos Aires, los barrios y sus significados, como construcciones sociales e históricas, cambian a través del tiempo y transforman su relación con el centro de la ciudad. Pero un modo de nombrar el paisaje y las relaciones, de distinguirlos de los vecinos o de áreas más alejadas, es constitutivo del modo de vivir la ciudad, de significarla y de actuar en ella. Este libro no estudia la sociogénesis de esos procesos,² sino que analiza cómo se vivencian esos lugares, sus límites y las relaciones de oposición o cruce fronterizo en diferentes escenarios, al tiempo que se pregunta acerca de si esos límites son estructurantes de los vínculos sociales, las organizaciones locales y la imaginación política. Sedimentos fuertes de una historia secular en la que se produjo con matices, flujos y reflujo, “la conversión ‘silenciosa’ en el suburbio de manojos de vecindarios amorfos y semirrurales en el dispositivo cultural *barrio*, un espacio público de nuevo tipo y escala local” (Gorelik, 1998:18) que “reestructurará la identidad de los heterogéneos sectores populares” (ídem: 273). Así, en la Buenos Aires de los años 1930 “las experiencias de la sociabilidad barrial fueron originales y tanto o más significativas que las de la vida laboral” (Romero, 2007:14).

Barrio es considerada aquí como una categoría social referida al espacio, no una categoría meramente administrativa. Los catastros tienen límites claros y generalmente muy estables, mientras que las fronteras de los barrios pueden ser más claras o difusas, más fijas o cambiantes, pueden generar consensos o disensos. A los habitantes y los actores sociales, que son quienes nos ocupan, no siempre les preocupa saber si con “barrio” aluden a localidades, cuasi-ciudades o, en el extremo opuesto, a vecindarios de unas pocas manzanas. “Barrios” como Lu-gano, Pompeya, Palermo, tienen muchos “barrios” con espacios públicos e identificaciones distintivas en su interior. Las propias villas de varios miles de habitantes tienen espacios internos marcados que estructuran las relaciones con organizaciones sociales. En una escala cotidiana, en su propia vecindad, es frecuente que las personas se identifiquen con el barrio “chico”. Para el “observador externo no parece haber fronteras que los dividan ni se constatan grandes diferencias”, pero los vecinos “toman muy en serio las delimitaciones espaciales y las relaciones de pertenencia, pues ellas condicionan fuertemente sus desplazamientos por la zona” (Bonaldi y Del Cueto en este volumen).

² Las pistas más consistentes acerca de la historia de estas clasificaciones se pueden encontrar en Gorelik, 1998.

Sobre esas fronteras intervienen los relatos y los agentes de la tradición, interviene el club o la sociedad de fomento, el comedor popular, el municipio, la parroquia, la comisaría. Pero también intervienen otros agentes, como por ejemplo los intereses inmobiliarios, que pueden pretender comprimir y expandir las fronteras barriales en función de cambios urbanos e intereses económicos (véase Carman, 2006). Las actuales pretensiones de “palermización” de Villa Crespo, Chacarita y otras zonas son ejemplos de esas intervenciones, con mayor o menor éxito.

La relevancia del barrio puede observarse en una práctica social especialmente extendida en Buenos Aires, como es el fútbol. Históricamente, hay una imbricación entre los clubes, como asociaciones cívicas, y los barrios (Garriga Zucal en este volumen). Podría suponerse que ese vínculo es generalizado. Sin embargo, hay ciudades importantes en el mundo que tienen uno o dos clubes deportivos que representan a la ciudad frente a otras ciudades, como sucede en Argentina en Rosario o La Plata. Por otra parte, hay ciudades donde los ámbitos claves de la sociabilidad se encuentran estructurados principalmente por empresas, sindicatos u otros criterios que no tienen al espacio como referencia fundamental. En cambio, en Buenos Aires, los principales clubes son una “creación territorial” (Gorelik, 1998: 301).

Incluso, en los clubes de fútbol más importantes del país, donde los simpatizantes exceden cualquier parámetro barrial, se produce una peculiar combinatoria. Por una parte, la referencia territorial se mantiene (como La Boca o Núñez), pero al mismo tiempo los simpatizantes concurren al estadio con banderas que los identifican con su barrio. Los términos “Budge”, “Laferre”, “Monte Chingolo”, “Lugano”, “Villa Celina” se imprimen en banderas que vinculan al club con la zona de residencia de sus simpatizantes y muestra que esas localidades o barrios están presentes en el estadio. O mejor dicho, estructuran la manifestación de la presencia de múltiples simpatizantes.

En otros casos, se produce una plena identificación entre un barrio y un club. Entonces, “la constitución de pertenencias territoriales, la delimitación de espacios propios, se constituye en una importante señal de autodefinición de un grupo de espectadores del fútbol: la hinchada”. En una ciudad repleta de clubes de fútbol, es común que dos clubes, dos barrios vecinos, protagonicen una rivalidad “clásica” a través de quienes tienden a ser definidos como “aguantadores”. Esa vecindad acentúa el hecho de que “el territorio es fundamental en la autodefinición como ‘aguantadores’” (Zucal en este volumen).

Es decir, el barrio como especificación de fronteras socioespaciales urbanas es en Buenos Aires una categoría constitutiva de las formas de percepción, significación y acción. Como sistema clasificatorio parece un logos que, a diferencia de la “barriología” chicana analizada por Villa (2000), no sólo se implica en una afirmación cultural de las prácticas sociales, en una táctica o una estrategia a la de Certeau (1996), sino que constituye culturalmente a la política porque está imbricada con ella y la trasciende, en el sentido de que abarca o puede influir en las más diversas dimensiones de la vida social.

Esto expresa una forma peculiar de pensar la ciudad, de pensar la sociedad, de clasificarla y tipificarla. Un modo de generar identificaciones y contrastes. En Buenos Aires una manera extendida de pensar las divisiones y oposiciones es a través de procedimientos de espacialización. El espacio, es, por una parte, una metáfora para hablar de los segmentos de la sociedad. Por otra parte, cada persona y cada grupo habita espacios precisos, a veces definidos de modos muy potentes. Particularmente en los sectores populares, pero no sólo en ellos, la actividad política tiene en las relaciones estructuradas por la vecindad y el barrio un capítulo fundamental.

Durkheim y Mauss mostraron hace más de un siglo que las clasificaciones espaciales, no sólo las de “barrio” o ciudad, sino también las “naturales” como los puntos cardinales, tienen un origen y un significado social. Mostraban cómo en diferentes pueblos la distribución clasificatoria de los mundos en regiones era análoga a su estructura social (1996:63), a la vez que una vez creadas esas clasificaciones significan y modifican aspectos de las configuraciones sociales (cfr. ídem: 52). Esas regiones espaciales, para los pueblos que ellos estudiaban (pero también para todos nosotros), tienen valores afectivos, implican sentimientos diversos, incluso virtudes o valores religiosos (ídem: 100-101). Los distintos sentimientos que generan en habitantes de Buenos Aires términos como “el norte”, el “segundo cordón”, “Lugano”, “Recoleta”, no siempre son convergentes, pero obedecen a procesos clasificatorios imbricados con la configuración social del Área Metropolitana. Configuración compleja, por cierto, pero que los procesos clasificatorios, a veces, buscan simplificar. Interrogarse acerca de clasificaciones espaciales, su significado y su performatividad en Buenos Aires es un modo de preguntarse acerca de ciertos modos de estructuración de las prácticas políticas.³

³Sobre la relación analógica entre las clasificaciones espaciales y la estructura social, así como sobre

Ciertamente, no se entiende aquí por política sólo la acción institucionalizada de los partidos. La dimensión política de la vida social, en un sentido antropológico, se refiere a la fijación contingente de lazos y estructuras de poder, de formas de categorización y de significación de jerarquías, que partiendo de interacciones diversas, micro y macrosociales, tienden a vincularse con las propias modalidades de organización social. En las sociedades contemporáneas, de maneras directas o indirectas, implícitas o explícitas, esos lazos, categorías, significados, pueden involucrar al Estado en alguno de sus niveles. Esta conceptualización no es abstracta ni transhistórica. Una noción restringida de política –partidos, dirigentes– nos obligaría en la Buenos Aires actual a referirnos a procesos muy acotados y a dejar a un lado la multiplicidad de formas en las cuales los barrios “son espacios movidos por la política”, “lugares-eventos” claves de la ciudad por “la génesis concomitante de la política, el espacio y el tiempo” (Borges, 2003:179).

Por ello, queremos antes de ingresar a cada caso, a cada barrio, proponer una mirada sobre ciertas características socioespaciales de Buenos Aires. Las políticas neoliberales y la exclusión social profundizaron las fronteras sociales y simbólicas “clásicas” de Buenos Aires. A su vez, esas fronteras urbanas imaginadas, vividas y estructuradoras de las prácticas sociales, hasta cierto punto fueron desafiadas por nuevos fenómenos sociopolíticos como los cartoneros, las asambleas o los piqueteros. Así, las transformaciones estructurales y las protestas sociales trabajan sobre los sentidos y la materialidad de esas mismas fronteras.

Esas fronteras “clásicas” y sus transformaciones las he observado y pensado como nativo de Buenos Aires, así como en cuanto antropólogo que exalta lo familiar desde la teoría y desde la comparación. Un porteño que ha leído con fascinación a algunos clásicos de la antropología y la sociología acerca de las relaciones entre espacio y estructura social, y que ha realizado trabajo de campo en diferentes barrios populares del Área Metropolitana. La teoría antropológica y el conocimiento experiencial y bibliográfico de otras ciudades me impulsaron a mirar distanciadamente una cotidianidad que habito y que para mí fue, antes, una segunda naturaleza. No fue ésta, por cierto, la primera vez que abordé la cuestión del espacio. Entre 1996 y 2002 me de-

cómo son estructurantes de las prácticas espaciotemporales de los actores sociales, véase Bourdieu (2002;2007).

diqué a estudiar las fronteras urbanas entre Argentina y Paraguay, y Argentina y Brasil (Grimson, 2000; Grimson, 2003). Mi intención cuando volvía a hacer trabajo de campo en Buenos Aires fue proyectar algunas de aquellas categorías espaciales sobre mi propia cotidianidad.

El *degradé* y el binarismo socioespacial de Buenos Aires⁴

Buenos Aires es una ciudad cuya organización espacial se encuentra estrechamente relacionada con los sectores socioeconómicos. Hay dos sistemas espaciales sobrepuertos que producen sentido. El primero y más evidente son tres círculos concéntricos: la Capital Federal (donde viven unos tres millones de personas), el primer cordón del Gran Buenos Aires y el segundo cordón del conurbano (en el Gran Buenos Aires viven alrededor de nueve millones de personas). A grandes rasgos, el segundo cordón es más pobre que el primero y el primero más pobre que la capital, que es el distrito político con mayor nivel de ingreso *per cápita* del país. De estos círculos concéntricos la diferencia más notoria y significativa es entre Capital y Gran Buenos Aires, ya que se trata de una frontera que es jurídico-política, con límites muy precisos (por la frontera “natural” del Riachuelo o el límite de la avenida de circunvalación Gral. Paz) y resulta estructurante del imaginario territorial y de prácticas espaciales.

El límite Capital/Provincia tiene una serie de implicancias simbólicas en un Área Metropolitana que actualiza muchas veces en ese binarismo la oposición fundante de la nación, capital/interior, con sus implicancias imaginarias acerca de “Europa” y “América Latina”, incluso de civilización y barbarie. Pero desde la perspectiva de las provincias, al mismo tiempo, el Gran Buenos Aires es la ciudad, el área metropolitana, lo opuesto del “interior”. Es atraído por ambas imágenes, pero no llega a ser “asimilado por ninguno de los polos” (Bonaldi y Del Cueto en este volumen).

Si bien ese binarismo tiene zonas borrosas y zonas de contrastes muy fuertes, la oposición tiene vigencia y desde la Capital predomina la tendencia a constituir el Gran Buenos Aires como alteridad, como diferencia. Las clases medias altas de la Capital se dirigen al Gran Buenos Aires básicamente para ir

⁴En esta sección amplio cuestiones que trabajamos en Cerrutti y Grimson (2005).

a sus casas de fin de semana a través de autopistas seguras y procurando el menor contacto con las zonas no vigiladas privatamente de los suburbios.

En un estudio sobre los mensajeros en moto, Rodríguez (2008) muestra cómo estos trabajadores de las calles significan el límite de la Capital y actúan en función de esas representaciones del espacio. El mensajero se guiaría por tres “leyes”: “que los semáforos en rojo no existen; que las contramano no existen; y que estas leyes sirven de la Capital Federal para acá. Con los federicos no se juega”. Los “federicos” son los agentes de la Policía Federal. La formulación del mensajero expresa hasta qué punto se incorpora a la propia práctica que la frontera Capital/Provincia es un límite entre dos legalidades diferenciadas. Esa distinción, lejos de restringirse a los mensajeros, es relevante para los automovilistas y para el funcionamiento general del tránsito urbano.

El segundo sistema espacial es el de los “puntos cardinales” que contrapone el norte próspero con el sur tradicional. “Nadie ignora”, decía Borges, “que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia”, quien “atraviesa esa calle entra en un mundo más antiguo y más firme”.⁵ El norte, tanto de la Capital como del Gran Buenos Aires, está poblado de barrios de sectores medios y altos, y repleto de industrias de avanzada, mientras el sur se caracteriza por tener amplios sectores de villas miseria y barrios populares, así como numerosas empresas quebradas desde hace décadas. El este se encuentra ocupado por el vacío del río, mientras el oeste ofrece zonas de transición y mixtura entre el norte y el sur.

El “norte” y el “sur” de la ciudad fueron construidos socialmente. Si se le pregunta a un porteño ubicado en Plaza Italia dónde está el norte, señalará hacia Vicente López, recto por la Avenida Santa Fe, hacia Cabildo. Lo mismo hará parado en Santa Fe y Pueyrredón. Ahora, si se le pregunta dónde está el sur, para su sorpresa no estará en la dirección opuesta al norte. Sucede que lo que los porteños consideran “norte” dependiendo de la ubicación en la ciudad es aproximadamente algo similar a lo que las brújulas designan como noroeste, la ubicación de San Isidro respecto del Jardín Botánico. El “sur” puede ser el sureste en varios casos.

Ciertamente, el “Barrio Norte” sólo está al norte respecto de algo, la cuestión es respecto de qué punto de referencia. No está al norte, como suele creerse, de la Casa Rosada. Desde ese parámetro sería “Barrio noroeste”. Está al norte res-

⁵ Borges, Jorge Luis: “El Sur”, en *Artificios* (1944), en *Obras Completas*, vol. 1, 2005.

pecto de Plaza Miserere y la Estación de Once. Pero todo el “norte” sólo está al norte de Rivadavia. No –como naturaliza el sentido común– al norte de sí mismo: la idea de que Belgrano está al norte de Palermo y San Isidro al norte de Vicente López es un lenguaje social porteño desinteresado de las brújulas.

La significación social “norte” alude a una referencia que lo legitima imaginariamente pero que no tiene verificación cardinal efectiva. Sin embargo, debe comprenderse que ese carácter ficcional no reduce en nada su capacidad performativa, ya que el norte social es culturalmente el único relevante para la estructuración de la sociedad. Lo interesante tampoco es la constatación de su carácter construido, porque si contingentemente coincidiera eso no implicaría que en Buenos Aires las personas sean buenas geógrafas. La pregunta relevante es qué expresa simbólicamente este proceso y a nuestro entender la oposición norte-sur da cuenta en un plano simbólico constitutivo de la cultura y la política urbana de la dicotomización persistente de la vida social. El binarismo norte/sur es, así, la naturalización geográfica de un binarismo social, histórico, contingente.

Reducidos los puntos cardinales a dos (norte/sur) se presenta una diferencia entre esa oposición al interior del primer círculo concéntrico (la Capital) y las fronteras norte y sur de ese círculo con el Gran Buenos Aires. La Capital presenta una gradiente desde los sectores más altos a los más bajos desde el Río de la Plata y el norte hacia el sur y el Riachuelo: cruzando las avenidas paralelas al río (Libertador, Santa Fe, paradigmáticamente Rivadavia, y las paralelas hacia el sur) se observa un descenso de sectores sociales que, si bien no es automático y homogéneo, produce sentido en la vida social y resulta clave en la configuración de mapas cognitivos urbanos. En la Capital esto se puede exemplificar con el sistema de subterráneos. Cuatro líneas casi paralelas convergen en Plaza de Mayo. La más cercana al Río de la Plata es la línea de la clase media alta, la más lejana es la línea más popular y las otras son intermedias espacial y socialmente. Ese cambio paulatino se prolonga en el Gran Buenos Aires hacia el norte más de veinte kilómetros.

Esto contrasta con ciudades como Río de Janeiro, u otras ciudades brasileñas, en las que desde los edificios más lujosos pueden verse las *favelas*. Además, en Río, Caracas o San Pablo “la naturaleza accidentada fue uno de los factores que favoreció la constitución de barreras entre sectores sociales”, mientras en Buenos Aires “naturaleza y voluntad pública confluieron en su

espíritu aplanador” (Gorelik, 1998, 33). En Buenos Aires, un empleado o profesional de clase media puede pasar meses o años sin ver las villas miseria que se ubican fuera de sus circuitos cotidianos. En ese sentido, Buenos Aires produce un sentido territorial en *degradé*, con algunas fronteras imperceptibles, aunque significativas, y otras más evidentes.

En las “Villas Miseria” de Buenos Aires la convivencia entre personas y grupos de diferentes países y provincias contrasta con los ghettos étnico-raciales de Estados Unidos. Tradicionalmente, la relación entre territorialidad y etnicidad estuvo marcada por el modelo del *conventillo*, que implicaba convivencia conflictiva en un espacio compartido (en habitaciones distintas de una misma casa) por migrantes de los países más diversos (véase Devoto, 2003:563). El nivel socioeconómico se asoció con la territorialidad mucho más que cualquier otro elemento.

La percepción y el uso del espacio es diferente entre un habitante de la zona norte o sur de la ciudad, de un barrio u otro. Al mismo tiempo, hay significados clave que son compartidos y, por lo tanto, disputados, por los diferentes sectores. Hay sentidos compartidos acerca del centro de la ciudad, la Plaza de Mayo como epicentro político y sobre ciertas fronteras urbanas.

Desde el punto de vista de los inmigrantes del interior del país y de los países limítrofes las barreras territoriales resultan clave para la comprensión espacial de la ciudad (Grimson, 1999). La mayor parte de esta población se concentra en las zonas sur y oeste de la capital, y sur y oeste del gran Buenos Aires. Si en una región de frontera política cruzar al otro lado implica convertirse de nativo en extranjero, cuando los pobres urbanos cruzan la avenida Rivadavia, Corrientes y Santa Fe lo hacen como trabajadores, más que como vecinos. Cuando viajan hacia el norte de la ciudad lo hacen como trabajadores. No es común que familias pobres paseen por la Recoleta los domingos ni caminen por la Avenida Santa Fe. Menos aún, que se dejen llevar por las callejitas laberínticas de Palermo Chico, ya que eso se encuentra inhibido –no legal, sino simbólicamente– hasta para las clases medias. A Palermo Chico, la zona céntrica más cara de la ciudad, sólo se entra como vecino o como trabajador. A tal punto que la instalación de un *shopping* y de un museo en sus límites generó escándalos por la “invasión” de automóviles de visitantes. Esas atracciones tornaban demasiado público un barrio que parece privado.

Hay jóvenes de las clases medias altas de los barrios norte, Belgrano y Palermo que, mostrando cuán incorporada está la afirmación de Borges en el

mapa cognitivo de los porteños, jamás han cruzado la Avenida Rivadavia, excepto para visitar algún amigo o familiar en las primeras cuadras de los enclaves de Flores o Caballito. A diferencia de Río de Janeiro, donde la vida en la ciudad es la vida entremezclada visualmente con las *favelas*, los jóvenes del norte de Buenos Aires pueden moverse sólo por la franja del río. Estas territorialidades urbanas asociadas con sectores socioeconómicos cuya vida social se desarrolla en el marco de esas fronteras sin permeabilidad estructuran la vida social en diversas ciudades (como Santiago, Medellín, el Plano Piloto de Brasilia) y excede en mucho el fenómeno de los barrios privados. Se trata de procesos sutiles y profundos a través de los cuales se construyen fronteras que devienen parámetros cognitivos básicos de la vida urbana.

En una zona de frontera las personas se preparan para cruzar al otro lado. Controlan si llevan sus documentos, su dinero, si van vestidos de manera apropiada. Tal como dije, las clases medias altas generalmente no cruzan las fronteras urbanas. Pero si necesitan hacerlo también realizan sus preparativos que, en este contexto, se consideran generalmente como “precauciones”: no llevar demasiado dinero, no ir demasiado bien vestidos, no exponerse más de lo necesario. Si no conocen los códigos de las fronteras urbanas y son incautos, tendrán una “lección” de “urbanidad” (véase Segura en este volumen).

La mayor parte de los habitantes del sur de Buenos Aires que van hacia el norte y los del norte que van hacia el sur lo hacen instrumentalmente. Cruzan para algo, por alguna razón precisa, con un fin específico. Saben que han salido de su territorio. Eso es evidente en la incomodidad que sienten no sólo los pobres la primera vez que deben trabajar en el barrio norte, sino los propios antropólogos, sociólogos, militantes sociales o empleados públicos que hacen su primera visita a una villa miseria.⁶ Están fuera de su casa, han cruzado la frontera y saben que sus propios cuerpos tienen allí otro significado.

La ciudad –metafóricamente– se encuentra repleta de aduaneros. Los policías que solicitan documentos o que detienen a pobres o inmigrantes por “merodeo”, por “portación de cara”, actúan con especial énfasis cuando éstos se encuentran en territorios ajenos. Más allá de estas regulaciones de las fronteras, cada uno de sus habitantes puede sorprenderse y asustarse ante una presencia extraña en su barrio. Cuando *un cuerpo ajeno se hace presente donde*

⁶ En diferentes trabajos de campo he recogido material y verificado ambas cosas.

no debe en un momento equivocado las miradas de sospecha se posan sobre él y hasta puede generar denuncias policiales.

Una gran parte de los habitantes de la ciudad nunca atraviesa sus fronteras. De hecho, retomando la organización de los subterráneos y de las grandes avenidas fuera de la zona céntrica (donde la línea C y las avenidas 9 de Julio, Callao/Entre Ríos, Jujuy/Pueyrredón son la excepción), todas tienen la misma dirección, paralela a los sectores socioeconómicos. Fuera de la zona céntrica y hasta la avenida de circunvalación, no hay líneas de subterráneo ni avenidas que unan el Río de la Plata y el Riachuelo. En el plano del transporte suburbano si bien hay mayor heterogeneidad, existe el tren de sectores medios altos, paralelo al río, y también los trenes de trabajadores y pobres en general que conectan la Capital con el sur y el oeste. Es difícil cruzar la frontera espacial y la frontera social. Sólo se cruza cuando no queda más remedio.

Neoliberalismo y espacio urbano

Esta relación entre espacio, clase social, sentidos y prácticas cotidianas es muy anterior a las transformaciones neoliberales. Es sobre esa base que el neoliberalismo produce ciertos efectos sobre la trama urbana. El neoliberalismo es una fábrica de fronteras, fronteras de dimensión y calidad muy diversa. Por una parte, las casas se separan crecientemente de la calle acompañando el crecimiento de la inseguridad y de nuevos miedos urbanos (Reguillo, 2005). Crecen las rejas, los sistemas de alarma, las custodias en los edificios. En Buenos Aires no se percibe un desdibujamiento de las fronteras entre lo público y lo privado. Por el contrario, hay una distinción cada vez mayor que lleva a que casi el único acceso a la información pública se genere en el espacio privado del hogar y se disuelvan muchos otros espacios públicos durante los años '90.

A su vez esto guarda estrecha relación con el hiperdesempleo entre fines de los años noventa y principios de este siglo. Durante la mayor parte del siglo xx la Argentina se distinguió de otros países periféricos por sus amplias capas medias y por una desigualdad social menor a la región. Es sabido que desde 1976 se fue desarmando el aparato productivo del país y cómo, en términos económicos y sociales, la sociedad se fue polarizando de manera creciente. Ese proceso, que ya había sido analizado hacia fines de los años 1980

(Nun) pegó un salto cualitativo durante la década de 1990. En 1974 el desempleo se ubicaba en el 5% en la Argentina. En 2002 superaba el 20%.

En una ciudad donde la gente cruza fronteras por razones laborales y donde más del 40% de la población tenía serios problemas de empleo (siendo desempleo abierto y subempleo), las fronteras se cruzaban cada vez menos. Se desdibujó el tránsito laboral y, ya en el círculo vicioso de la crisis, empeoró el transporte público. Estos diversos elementos configuraron un nuevo panorama urbano. Un panorama dominado por una desigualdad homóloga a la agudización de la segregación espacial.

En el contexto de hiperdesempleo vivir en la Capital se convirtió en un enorme privilegio. Los pobres del conurbano saben que en la Capital de alguna manera “te las arreglás, salís a juntar cartones, latitas de gaseosa o botellas y hacés cinco pesos”, me contaba un vecino del primer cordón. “En cambio, acá no hay ni latitas, no hay nada”. Las crecientes desigualdades convirtieron el reciclaje de la basura de las clases medias en una opción laboral. Se trata de una práctica con implicancias en los sentidos de las territorialidades.

La segregación espacial “clásica” de Buenos Aires implicaba, como dijimos, que no hubiera cuerpos pobres en los barrios de clase media, excepto como trabajadoras domésticas, obreros de la construcción u otros oficios predefinidos. Al igual que ocurre en el Plano Piloto de Brasilia, donde los trabajadores abandonan los barrios medios antes del anochecer, las clases medias porteñas disfrutaron durante décadas de ese aislamiento respecto de la vida popular, y tendieron a considerar molesta la presencia de “los otros”. En el proceso de urbanización de la industrialización sustitutiva de importaciones, la presencia masiva de los migrantes del interior en la ciudad fue conceptualizada como “el aluvión zoológico”. En aquella época era cuestionado el propio ingreso a la ciudad de aquellos provincianos. Cuando los pobres e indigentes desempleados del Gran Buenos Aires se trasladaron cotidianamente a la Capital para reciclar basura se cuestionó su presencia en los barrios medios, su presencia en la Capital, aludiendo a cuestiones de higiene y de propiedad.

Las presencias de los cartoneros generaron disturbios en la homogeneidad del paisaje en *degradé*. Los cartoneros son considerados muchas veces como “negros” por el sentido común discriminatorio de sectores medios que tiende a racializar diferencias de clase. Los cartoneros ingresaron a territorios que simbólicamente no les pertenecen, “invaden la ciudad” y eso cuestiona

la sucesiva identificación de la Argentina con Buenos Aires, de Buenos Aires con la Capital, de la Capital con los blancos europeos, articulaciones clave para la idea del país como enclave europeo en América Latina. Los que ingresan a esos barrios tienen a veces otro color de piel (pero la inmensa mayoría son llamados “negros” aunque no son “afro” ni “mulatos”), otras formas de vestir y se desplazan con carros tirados por caballos o simplemente con carritos de supermercado. Revuelven bolsa por bolsa y separan, clasifican, acumulan. Trabajan en un país que Paul Auster imaginó antes de la crisis argentina de 2001: *el país de las últimas cosas*.

Esas nuevas presencias nocturnas en los barrios medios generan a veces reacciones de temor y también un desprecio por las nuevas estéticas de la basura. Reacciones que retoman la cuestión de separación entre la ciudad capital y el Gran Buenos Aires. Ésta es una clave de la historia argentina que se hace presente de modos recurrentes. Una frase de protesta de la gente de las provincias dice que los porteños creen que la Argentina termina en la Av. General Paz. En el caso de los cartoneros aparecen intentos de la Policía Federal para impedir que ingresen con carros de tracción a sangre a la Capital. Hay legalidades consuetudinarias muy diferentes entre Capital y Gran Buenos Aires. Aquello que en la capital, y especialmente en su centro y su norte, es molesto, peligroso o ilegal (como la tracción a sangre) puede permitirse en la provincia.

En ese marco, nos planteamos el interrogante acerca de hasta qué punto comenzó a esbozarse en Buenos Aires un desplazamiento del modelo del *degrado* y el conventillo al modelo del gueto. Un desplazamiento de un modelo con fronteras simbólicas relativamente blandas a otro en el que las fronteras territoriales duras se convierten en hegemónicas, incluyendo un gueto de carácter social, no de tipo étnico o racial. Los textos reunidos en este libro muestran que en los momentos más agudos de la crisis los límites barriales se endurecieron, restringiendo las permeabilidades de las fronteras urbanas económica y simbólicamente. También ofrecen datos empíricos que indican que todavía había relaciones y porosidades que no hacían de “gueto” una metáfora muy precisa (véase Segura en este volumen).

El salto en el desempleo en una ciudad con amplios barrios de trabajadores produjo un incremento notable de la segregación residencial y la aparición de barrios de desempleados. Esto no sólo produjo efectos en la generación de ingresos familiares y nuevas significaciones acerca de la relación entre trabajo

y delito (Kessler, 2004), sino también en la emergencia de organizaciones de desocupados.

Protestas espacializadas y espacializantes

Las dos estructuras perceptivas del espacio que funcionan sobrepuertas en el Área Metropolitana resultan claves para poder comprender también reacciones diferenciadas de la sociedad y los sectores populares frente al neoliberalismo y la crisis de principios de siglo. La estructura de los círculos concéntricos y los puntos cardinales constituyen clasificaciones espaciales y socioeconómicas que se articulan con las características de los movimientos sociales y de protesta. Las asambleas y las cacerolas fueron un fenómeno identificado con Buenos Aires en el país, y con la Capital dentro del Área Metropolitana. Esto no significa que no existieron asambleas fuera de ese área, pero simbólica y cuantitativamente fue un fenómeno básicamente porteño y capitalino, incluyendo a sus clases medias altas.

En contraste, el fenómeno piquetero ha viajado desde provincias del interior (como Salta y Neuquén) hacia el Área Metropolitana y se instaló en el Gran Buenos Aires, especialmente en el oeste y el sur, con muy escasa presencia en la Capital y el norte del conurbano. Las movilizaciones de desocupados, que comenzaron en el segundo cordón en 1997, no ingresaron al círculo de la Capital hasta fines de 2001 y, más organizadamente, en 2002.

En este libro, que se ocupa de barrios obreros, villas miseria, barrios de desocupados, no hay estudios sobre el fenómeno de las cacerolas de 2001. Sin embargo, se trata de un fenómeno que condensa de manera excepcional las relaciones entre espacio social y político y que, como veremos después, tiene relación también con los barrios populares. Si uno de los grandes procesos de fronterización del neoliberalismo, arraigado en ciertas tradiciones, ha sido una creciente privatización de la vida social, los caceroleros intervinieron y trabajaron sobre esa primera frontera.

El 19 de diciembre de 2001, en Buenos Aires, se produjo una situación de compleja articulación entre hogar, televisión y espacio público. Cuando el presidente De la Rúa dirigió un discurso al país por televisión, anunciando el estado de sitio, la prohibición de manifestarse públicamente, en barrios de clases medias de la Capital, hubo ciudadanos que se asomaron al balcón de

su departamento y comenzaron a golpear una cacerola antes de que el presidente terminara su discurso. Otros se fueron sumando a una protesta desde el living, la ventana o el patio de las casas. Una acción pública desde un lugar privado, una protesta en la frontera entre lo privado y lo público.

En otros barrios no sonaban las cacerolas, pero en toda la ciudad estaba encendida la televisión. Se suspendieron o cambiaron programas en diferentes canales. Los conductores utilizaban el criterio barrial para construir la información. Anunciaban que en Caballito y en Flores, y ahora también en una zona de Palermo y en Almagro, había vecinos golpeando cacerolas como forma de protesta. Cada vez eran más barrios. A veces llegaba el ruido de las cacerolas desde unas casas a otras. Otras veces llegaba la información desde la televisión y se incentivaban nuevos caceroleros. Cuando toda la ciudad estaba tocando cacerolas, en realidad, algunos habían pasado de su balcón al palier, del patio a la entrada de la casa. Allí habían encontrado otros vecinos, habían mirado a la calle y ya se podían ver a otros, unos pocos aún, que se agrupaban en la esquina. Confluían desde los palieres, les pedían a los que aún estaban en los balcones que descendieran. La gente bajaba como estaba, ya eran las once o doce de una noche de verano. Bajaban en pijama, en camisón, con pantuflas y ojotas, con mallas y descalzos. Compartían el caceroleo, con ollas viejas y ollas bellas, con timidez y con desenfado. No se hablaba, se producía ruido. No se dialogaba, se generaba comunidad desde aquello que no podía ponerse en palabras (Briones *et al.*, 2004): un sentimiento compartido de rechazo.

Todos con cacerolas, vestidos de las maneras más diversas, se fueron agrupando en esquinas de diferentes barrios de la ciudad en los cuales hacía más de una década que nadie se agrupaba espontáneamente. Un impulso los llevaba por las avenidas principales en una misma dirección: el centro. Una protesta masiva y espontánea desde cada barrio, pero apuntando hacia el poder político. La represión policial evitó aquella noche la espontaneidad en la que se expresaban modos de vivir y significar los espacios urbanos.

Del otro lado de la frontera, en el Gran Buenos Aires, había miedo de salir a manifestarse aquella noche. Miedo a la reacción de la “mejor policía del mundo”, que gobierna las calles del otro lado del Riachuelo. Varios líderes de organizaciones sociales me han explicado que decidieron salir organizadamente a manifestarse, cuando una imagen específica apareció en sus televisores el día 20: la represión policial a las Madres de Plaza de Mayo.

En los días posteriores, ya con cambios vertiginosos de presidentes, surgían en los barrios de clases medias asambleas populares que discutían desde problemas locales hasta el desempleo, desde los precios hasta el sistema de representación. Con gran inexperiencia y dificultad, las asambleas se constituyeron en ámbitos públicos de disenso y de acción común. En algunos barrios las asambleas ocuparon espacios abandonados y desde allí generaron una amplia gama de actividades, desde comedores populares hasta actividades culturales. Un año y medio después de aquel fervor colectivo era muy poco lo que había permanecido en términos cuantitativos. Hubo una franca declinación de las asambleas hasta que dejaron de ser un actor relevante. Sólo unas pocas lograron sobrevivir a partir de proyectos locales.⁷

Ahora bien, retomando la cuestión de las estructuraciones del espacio social, tan escasas han sido las cacerolas y asambleas fuera del círculo de la Capital como de las organizaciones de desocupados en ese primer círculo. De la misma manera, en los procesos de las organizaciones de desocupados el norte, el oeste y el sur (como categorías sociales) vivieron procesos muy diferentes. En el norte industrial del conurbano las organizaciones de desocupados fueron escasas y excepcionales (véase Varela en este volumen). En estas zonas fabriles, el problema del empleo fue enfrentado desde otros repertorios de acción, siendo comparativamente más extendidos otros procesos también emergentes, como la recuperación de fábricas por parte de los trabajadores. En el partido de General San Martín, al noroeste del Gran Buenos Aires, que había concentrado el 10% del PBI industrial de toda la provincia de Buenos Aires, había entre 2002 y 2004 unas 9 fábricas recuperadas de las 180 que había en el país.⁸

⁷ Entre los complejos motivos (que aquí no pueden ser analizados) no debería dejar de considerarse un proceso bastante exitoso de recomposición hegemónica, por un lado, y la inexperiencia social combinada con el papel de las agrupaciones políticas tradicionales, que terminaron boicoteando el proceso por la otra. Las protestas tendieron bastante rápidamente a rutinizarse y a perder potencia de interpellación política. Ahora, cabe interrogarse acerca de dos sedimentos experienciales de ese proceso. Por una parte, acerca de los nuevos entrelazados sobre el espacio público en una nueva etapa. Por otra parte, el polisémico sedimento que permitió recuperar esas escenas en la memoria en marzo de 2008, durante el conflicto entre el gobierno y “el campo”, aunque en ese caso sin la capacidad política implicada en la oposición al estado de sitio que, a su vez, convocabía a otros fantasmas de la experiencia argentina reciente (Grimson, 2004).

⁸ Información proporcionada por Carina Balladares.

El sur y el oeste han sido las zonas donde el peso de las organizaciones de desocupados fue más relevante, aunque también de maneras distintas. En un contexto de cierta diversidad de organizaciones, en el oeste hubo prevalencia de organizaciones que tendieron a confrontar para después obtener recursos, con el horizonte de la negociación. En comparación con las organizaciones que prevalecieron en el sur, las principales del oeste del Gran Buenos Aires fueron más moderadas. El sur del conurbano fue el espacio donde más presencia y fuerza tuvieron y aún tienen las organizaciones autónomas, con un mayor nivel de radicalidad en las protestas y los reclamos.

El surgimiento de las organizaciones de desocupados planteó un interrogante sociológico: altos índices de desempleo ha habido en muchos países y contextos, pero no resulta una condición suficiente para que emergan organizaciones que realizan reclamos al Estado. Svampa y Pereyra (2003) fueron los primeros en preguntarse por los factores que explican la excepcionalidad del caso argentino en relación con la emergencia de un movimiento de desocupados. Entre esos factores señalaron la ausencia de redes estatales de contención y reconversión laboral, el aval de los sindicatos de la CGT a las reformas estructurales, la debilidad del tejido comunitario y la importancia de las tradiciones organizativas en parte ligadas a vertientes clasistas (*ídem*: 13). Otro factor relevante se vincula con los significados que adquirió la desocupación en relación con el lugar histórico del trabajo y del trabajo asalariado en los imaginarios nacionales argentinos.

Es necesario enfatizar que también ha sido clave la dimensión territorial de la política. Hemos mostrado que históricamente el barrio se había constituido en el Área Metropolitana de Buenos Aires como categoría clasificatoria y cívica en una articulación compleja y cambiante entre lugar identitario y espacio público local. Las reformas neoliberales, con su desarticulación de los actores sindicales y sus efectos de exclusión, desplegaron políticas sociales “focalizadas”, que en gran medida se apoyaron y desarrollaron redes sociales locales. En el Gran Buenos Aires, en el contexto de los cementerios de fábricas y la complicidad de los grandes sindicatos industriales, el gobierno provincial y los municipios fueron protagonistas durante los años noventa de la territorialización de la política. Diversos estudios (Merklen, 2000; Auyero, 2001; Frederic, 2003) han mostrado esa politización de lo barrial a través de redes informales. Ese proceso instituyó un sentido común acerca de cómo procurar el acceso a

ciertos recursos. Expresión de estos procesos son términos presentes en este libro como “ser en el barrio” y “ética barrial” (Diez, en este volumen), la vecindad y el “pibe del barrio”, la organización barrial y, especialmente, la conceptualización nativa de la militancia social y política como “trabajo barrial” (Frederic, en este volumen).

Esto es relevante porque las organizaciones de desocupados, que surgen en el sur y en el oeste desde fines de los noventa, son organizaciones territoriales. Ha habido una fuerte conexión entre el salto cualitativo de segregación espacial del neoliberalismo y el fenómeno piquetero. Los primeros piquetes fueron protagonizados por vecinos de poblaciones del tipo *company towns* petroleras, alejadas de grandes centros urbanos. Esas poblaciones tenían en común haber crecido al compás de una empresa pública, básicamente la empresa petrolera estatal (véase Svampa y Pereyra, 2003; Cerrutti y Grimson, 2005).

En Buenos Aires, las organizaciones de desocupados agrupan a vecinos de un barrio. A los lazos de vecindad, la existencia de un contexto significado de modos relativamente compartidos, la identificación barrial expandida no sólo como criterio clasificatorio, sino como estructurante de organizaciones fomentistas, clubes, cooperativas de vivienda u otras organizaciones (véase Shammah, en este volumen), se agrega en el marco de la crisis económico-social el fuerte endurecimiento de las fronteras territoriales. Las dinámicas de guetización paradójicamente coadyuvaron al surgimiento de organizaciones de desocupados. Se trata de un vínculo entre tierra, vivienda y empleo.

En el Gran Buenos Aires, las tomas de tierra de los años '80 se habían consolidado y con el avance de la urbanización parcial de esos barrios habían descendido las demandas vinculadas con la tierra y la vivienda. Al mismo tiempo, los barrios que habían sido dormitorios obreros de cadenas de fábricas se convertían prácticamente en barrios de desempleados. A veces a través de redes de reciprocidad asimétrica del peronismo, otras veces por parte de organizaciones autónomas volvían a crecer las ollas populares, los comedores, los merenderos, donde los niños reciben una copa de leche. En ese contexto, organizaciones de esos barrios comienzan a imitar las acciones de Cutralcó, Plaza Hincul, Tartagal y otras ciudades. Antes de la elecciones de 1997 tienen un éxito relativo recibiendo algunos Planes Trabajar. Esos subsidios de 150 pesos a los desocupados de esas organizaciones, lejos de desmovilizarlos, los fortaleció en el ámbito barrial, donde

nuevos vecinos comenzaron a sumarse con la expectativa de también adquirir el beneficio.⁹

En ese proceso cada organización de base de desocupados se fue convirtiendo en una suerte de sindicato de desempleados cuyo criterio de agrupamiento era territorial: un barrio, una localidad, un municipio. Esos territorios se inscribían en la segregación clásica de Buenos Aires a la que se le agregaba ahora la capa geológica de la segregación neoliberal: los dormitorios obreros habían devenido una suerte de institución total de la miseria. Sin trabajo o con “changas” en porcentajes que rondaban entre el 80 y 90%, era crecientemente difícil salir de los barrios. Así tenemos una ciudad donde las fronteras urbanas se han profundizado generando procesos inéditos de segregación.

Estos trabajadores, desocupados, vecinos de barrios empobrecidos, crecientemente inmovilizados en esos barrios, comienzan a protestar cortando rutas y avenidas, interrumpiendo justamente el tránsito, el movimiento general de la ciudad. Intentando impedir que la vida urbana continúe como si ellos no existieran, que es el modo de la vida urbana de los años '90: fronteras impenetrables y completa negación de la gravedad de los problemas sociales. En su propio crecimiento y coordinación de acciones se plantea la posibilidad de realizar la protesta en la frontera urbana por excelencia: los puentes que unen la Capital con el Gran Buenos Aires, especialmente en la zona sur de la ciudad donde esos puentes atraviesan el Riachuelo. Aquella primera zona industrial, con los barrios obreros más antiguos, repleta de fábricas abandonadas, tiene una carga simbólica en la ciudad. Como lugar de separación entre la Capital y su periferia, a la vez metáfora del interior argentino, son conocidas las historias populares que narran que incluso habría sido cruzado a nado el 17 de octubre de 1945.

En una ciudad con más fronteras, esas fronteras devienen escenarios de la protesta social. Los puentes que atraviesan metafóricamente esos límites se convirtieron en escenarios compartidos y privilegiados de la disputa política. Aquellos que vivencian la oposición trabajo/desempleo como homóloga a adentro/afuera ocupan el límite por excelencia entre la Capital y el Gran Buenos Aires para reclamar. En ese marco los piqueteros llegaron a imaginar la posibilidad de “sitiar” la Capital Federal como modo de protesta, cor-

⁹ Delamata (2004) y Svampa y Pereyra (2003) historizan y analizan con detalle estos procesos.

tando los diferentes puentes de acceso, ocupando territorialmente el espacio liminal al que habían sido socialmente arrojados.

Especialmente el Puente Pueyrredón se convirtió en un lugar clave de las acciones piqueteras. Fue justamente en el inicio sur de ese puente que se desató la violenta represión del 26 de junio de 2002, que culminó con dos asesinatos de piqueteros por parte de la Policía, cuyo repudio generalizado obligó al presidente interino Duhalde a adelantar seis meses la entrega del mando.

En más de una oportunidad, cuando los piqueteros quisieron ingresar a la ciudad por esos puentes, la Policía se los impedía argumentando que no podían ingresar a la Capital con palos. Exigía realizar sobre el puente un “cacheo”, una suerte de control aduanero para “desarmar” a los piqueteros. Aparecía nuevamente la idea de que en la Capital las leyes deben cumplirse. Así como está prohibida la tracción a sangre, tampoco pueden portarse palos. La provincia tiene otra relación entre espacio y legalidad.

Cuando se comprende que a las zonas céntricas y caras de la ciudad hace mucho tiempo que los pobres no viajan por espaciamiento, sino sólo por trabajo, cuando se comprende el creciente encierro territorial implicado en la desocupación, puede entenderse también que el piquete y la marcha, además de su carga política, tengan otras implicancias simbólicas y produzcan otros efectos sobre las fronteras urbanas. En el pequeño pero usual detalle de que manifestantes se preparen, se arreglen, se vistan, para ir a la protesta porque se preparan para ir al centro de la ciudad, los desocupados enfatizaron y cuestionaron las discontinuidades espaciales. Cuando la protesta adquiere el sentido de paseo, también hay allí una ruptura cultural con la segregación.

Al abordar etnográficamente las prácticas políticas desde su cotidianidad territorial, estudios diversos reunidos en este libro desacralizan la categoría “piqueteros”. Los piqueteros han sido socialmente percibidos en la ciudad a través de sus protestas y sus escenificaciones urbanas, catalogándolos de manera simplificada a partir del propio corte de las rutas. Los estudios etnográficos ya han mostrado que muchos participantes de las organizaciones de desocupados no se consideran a sí mismos como “piqueteros”, ya sea porque en el propio corte consideran de ese modo a quienes se encargan propiamente de la interrupción, con gomas viejas incendiándose o con sus propios cuerpos y palos, o bien porque distinguen la vida cotidiana y la vida organizacional en el territorio de la acción específica que designan como “ir de piqueteros” (Ferraudi Curto, 2007). La complejidad de esa vida organizacional